

JOSE G. GUZMAN M.

Mi
Tío Pedro



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON

Departamento de Extensión Universitaria

Monterrey, México

Q7298

7

9

5

861

1

PQ7298

.17

.U9

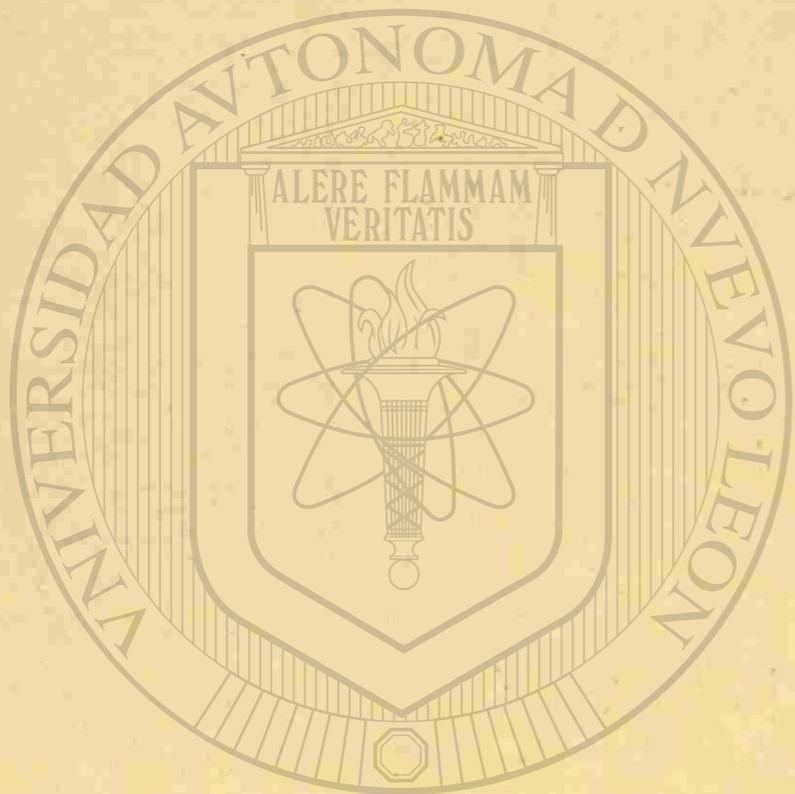
M5

1961

c.1



1080124712



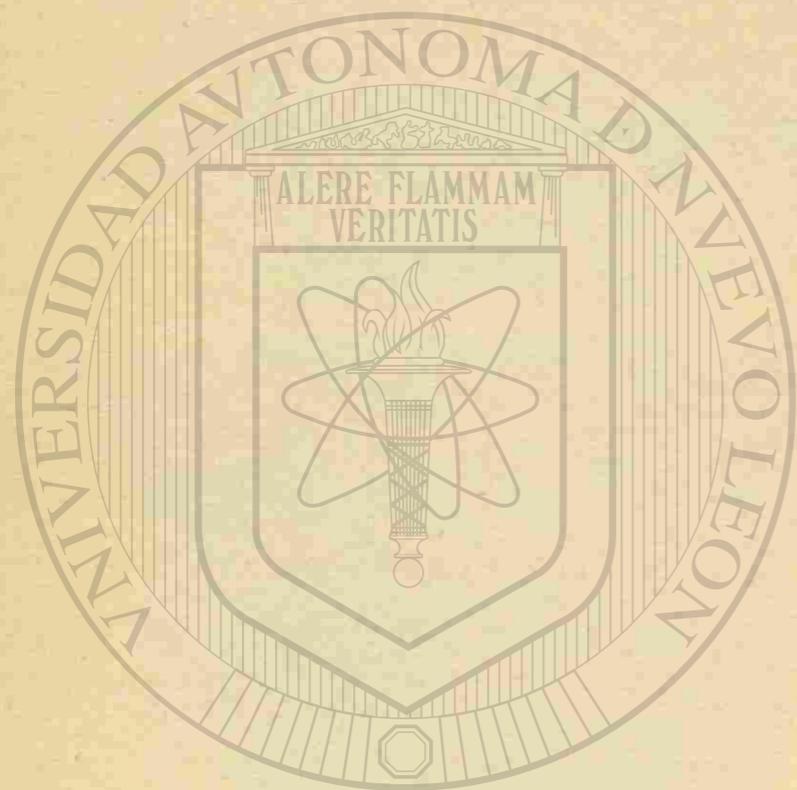
UANE

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Manuel Paz Flores



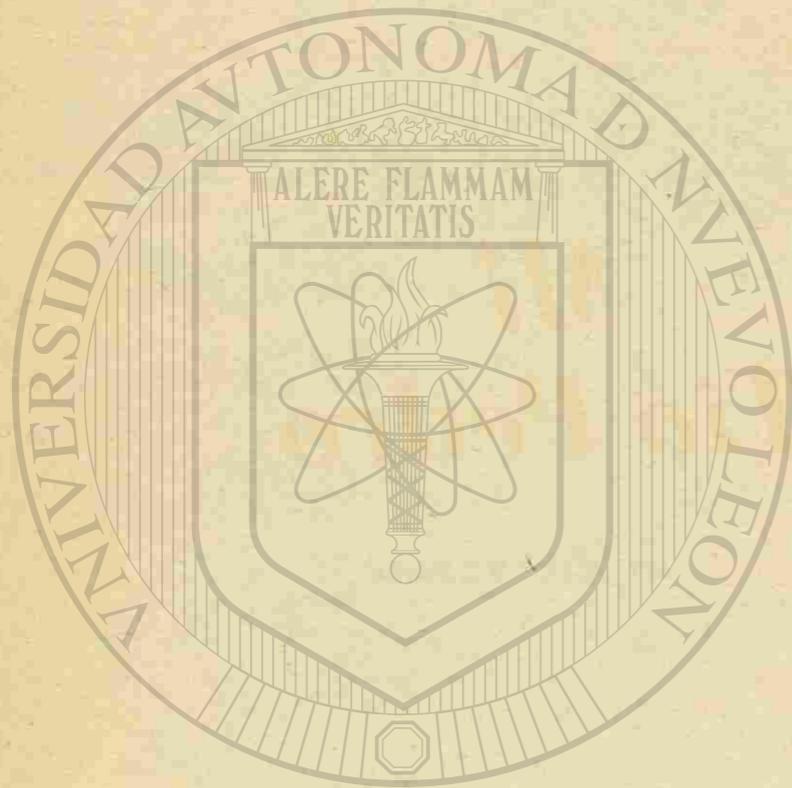


MI TIO PEDRO
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

JOSE G. GUZMAN M.



Mi
Tío Pedro

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

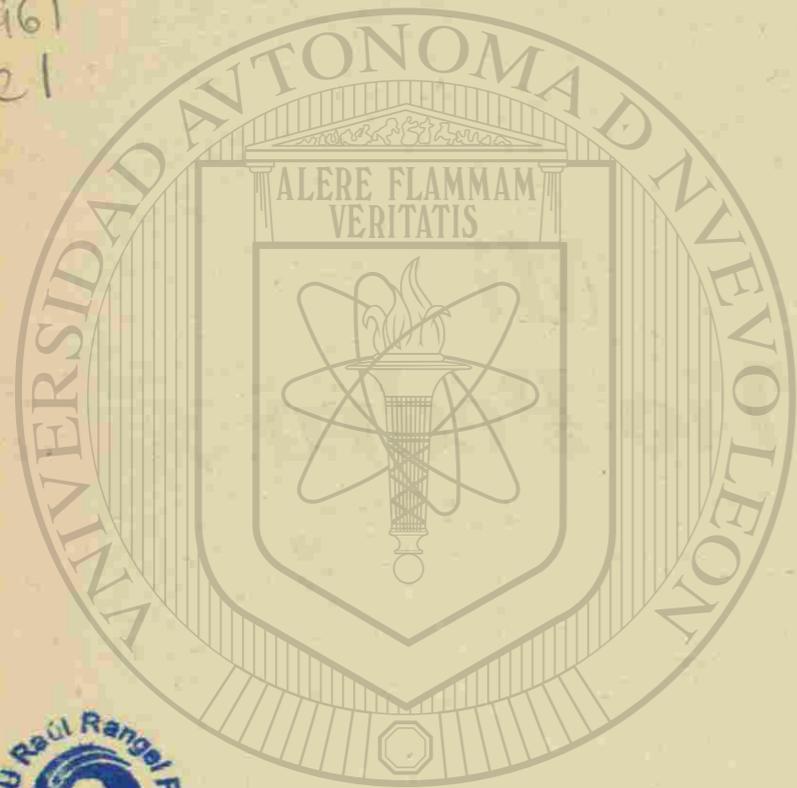
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Departamento de Extensión Universitaria
Monterrey, México

UANL B. U. "Raul Rangel Frías"
Documento Donado por:
Lic. Federico Paéz Flores

PQ 7298
.17
2.09
MS
1961
e1

PRIMERA EDICION DEU, 1961



EDICIONES DEL DEPARTAMENTO DE EXTENSION UNIVERSITARIA
SECCION LETRAS

I

Amaneció nublado, pero no otoñal. ¡Curiosa coincidencia de la vida! La muerte a veces se manifiesta en la realidad de su existencia. En la antecámara del invierno...

Un viento helado, pero con una sorprendente facilidad las gruesas nubes...

Aquella mañana, era un día que disfrutara con plenitud y optimismo.

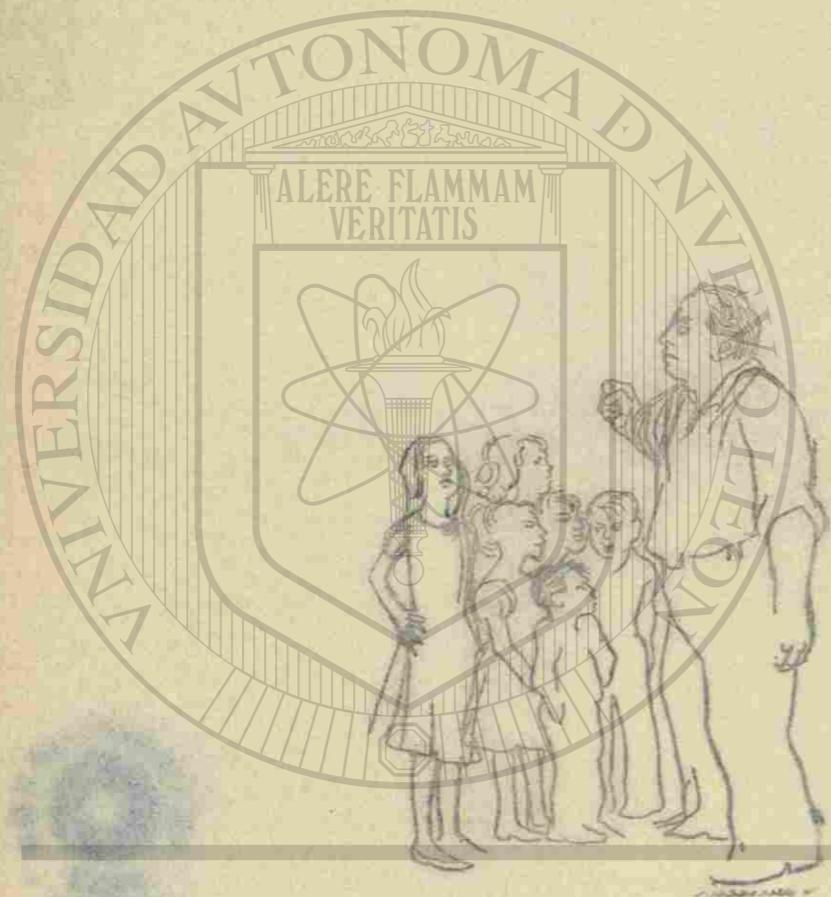
Eran las mismas de siempre, vestidas de favorita y a no dudar hubiera escogido, de haber sido una de esas mañanas frescas y nubladas, para emprender un viaje sin retorno. ¡Ese capricho del destino que está en el fondo de los adversos! Sin embargo, la Ley inexorable... Dijo muy suavemente con exactitud matemática y el cuerpo yacía en su ataúd... a cuanto se rodeaba.



Arduas gotas de llanto, empañaban la transparencia de aquel cristal por donde asomaba, apenas, el rostro apacible del difunto. Allí estaba descansando, como dormido profundamente sin poder despertar de su letargo, a pesar de los sollozos y los gritos desesperados de las mujeres. ¡Qué lástima! ¡Qué pena! ¡Qué tragedia!... por última vez, para luego reaparecer en la trivialidad de su existencia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PQ 7298



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

I

Amaneció muerto aquella mañana otoñal. ¡Curiosa coincidencia de la vida! La muerte lo sorprendió en la madurez de su existencia. En la antesala del invierno.

Un viento helado, pero agradable, movía con sorprendente facilidad las gruesas nubes que cubrían el cielo.

Aquella mañana, era como todas las que otrora disfrutara con plenitud y optimismo.

Eran las mismas de siempre de su estación favorita y a no dudar hubiera escogido, de obrar su espontánea elección, una de esas mañanas frescas y nubladas, para emprender el inevitable viaje sin retorno. ¡Raro capricho del destino, que hasta en el morir no le fue adverso! Sin embargo, la Ley inexorable de Dios volvía a cumplirse con exactitud matemática y el cuerpo yacía en su ataúd, indiferente a cuanto le rodeaba.

Ardientes gotas de llanto empañaban la transparencia de aquel cristal por donde asomaba, apenas, el rostro apacible del difunto. Allí estaba descansando, como dormido profundamente sin poder despertar de su letargo, a pesar de los sollozos y los gritos histéricos de las mujeres. ¡Qué lástima! ¡Qué pena! ¡Qué amargura verlo por última vez, para luego encerrarlo en la frívola celda del recuerdo!

Sin embargo todo pasa. La vida va dando empujones y las heridas se cierran. La memoria nos es ingrata y va alejándonos cada día más de aquella fresca mañana, haciendo languidecer juramentos y fidelidades. Recuerdos que se dispersan con el viento del camino. Añoranzas que se quedan prendidas en el corazón.

El tiempo lo aclara todo y más tarde lo desvanece, tal como si fuera gigantesca rueda de la fortuna que, en sus giros fantásticos, primero acerca y luego aleja las canastillas humanas, para perderlas finalmente en el embrujo infinito de la noche estrellada.

II

Tendría unos doce años cuando conocí al tío Pedro, es decir, cuando me percaté de su presencia física, ya que durante mi niñez, estuve alejado temporalmente del hogar paterno al cuidado de unas tías solteras que vivían en la ciudad.

Mi tío Pedro era un hombrón de casi dos metros de altura, robusto y fuerte. Tenía la cara colorada como un tomate, en donde serpenteaban unas finísimas venas color celeste. Respiraba el hombre tal vitalidad, que a veces me parecía un auténtico gigante arrancado de las páginas doradas de los cuentos infantiles, aquellos que con candor incomparable me relataban mis tutoras solteronas.

El tío Pedro estaba unido en matrimonio con una hermana de mi madre, la tía Virgen, de quien en honor a la verdad, no supe a ciencia cierta si lo de "virgen" era por su nombre de pila o por su incapacidad para proporcionar soldados a la Patria. La pobre nunca tuvo hijos, pero mi madre suplió tal deficiencia concibiendo hijos por las dos. En efecto, mis once hermanos que junto conmigo -el más chico-, sumábamos doce, formábamos algo así como una verdadera tropa que hacía rabiar y desesperar a las cuatro cabezas de familia que regían bajo el mismo techo: mi mamá Julita, mi papá Julito, mi tío Pedro y la tía Virgen. Los que daban más guerra en las peleas cotidianas eran indudablemente los mayores, ya que integraba-

mos aquel tremendo equipo, cuatro varones y ocho alharaquientas hembras. Cuando había disputa, aquello era la tierra de nadie. El único que imponía respeto hasta el miedo era el tío Pedro. El solo trueno de su voz nos dejaba mudos de espanto.

Cabe hacer notar que mis prolíficos progenitores, eran, lo que se llamaba en el pueblo, unas almas de Dios. Lo único que hacían, quizá de reprocharse, era traer anualmente hijos y más hijos al mundo, tanto, que una vez le oí decir a la tía Virgen que si algo no se le hubiera descompuesto a mi mamá, rebasaríamos de la veintena. Mis queridos padres, en efecto, pecaban no por aquello de los hijos, sino porque eran muy bondadosos y demasiado indulgentes. Jamás, que recuerde, mi padre castigó a ninguno de mis hermanos. Mi madre, santa mujer, mucho menos. Destilaban una melosa dulzura digna de una estampa cristiana. Indudablemente eran unos santos.

De tal manera que en aquel sagrado hogar, como único rey en su trono, reinaba la canosa testa de mi tío Pedro, el intocable. Aquel que había sido pastor de cabras, era ahora el guía, el pastor de nuestro ganado familiar. Era él, propiamente, el amo de la familia, la cabeza principal, el árbitro de las supremas decisiones. Justo o injusto, tuerto o derecho, a él nos plegábamos toda la tribu en las horas de las tribulaciones. El mandaba.

III

Mi hermano mayor, Enrique, lloraba desconsolado a la orilla de la tumba del tío. Sus lágrimas caían como clavos candentes pretendiendo traspasar la dureza de la impasible roca, para ir a bañar con la cálida flama de su llanto, aquel rostro tan querido y otrora temido.

Enrique sentía la muerte en su propia carne. A pesar de que a veces odiaba al tío, también así lo quería y respetaba. Por otra parte, físicamente, Enrique era el vivo retrato del difunto. Este parecido extraordinario fue por cierto, motivo de horribles conjeturas de

parte de los enemigos gratuitos que se gozan deshonrando con la palabra. Me duele todavía recordar que el nombre sagrado de mi madre, fuera enfangado por aquellos pueblerinos paisanos míos, cuyas mentes inocentes necesitaban el estímulo de la calumnia para su divagación.

De pronto, una voz se dejó escuchar rompiendo el respetuoso silencio. Era uno de los íntimos amigos del tío Pedro el que hablaba. Sus palabras rebotaban en las tumbas con la sonoridad del metal. Por allá en los laberintos del subconsciente se anidaron desordenadamente algunos de sus conceptos, mismos que a través de los años, he oído repetir con pocas variantes, en los tristes momentos de las despedida postreras.

"Fuiste para todos un hermano, la ternura de tu corazón no fijaba límites y tu recuerdo será estímulo para los que te quisimos".

"Te acompañan con el corazón destrozado, tu viuda y tus sobrinos, los cuales te amaron y respetaron como a un padre".

"Descansa en la eternidad, noble titán. Regresa a la tierra cumpliendo la profecía: polvo eres y en polvo te convertirás. Adiós amigo del alma".

Y así siguió el vendaval de frases epitafiales, las cuales lograron conmover mis sentimientos, por más que en mi interior las considerase vanas.

Una llovizna ligera aceleró la ceremonia póstuma y con pasos presurosos nos encaminamos a las puertas de aquella ciudad de los muertos, a la cual, ineluctablemente, regresaríamos algún día para no retornar. Los pinos achacosos se balanceaban al golpe del viento silbando su fúnebre melodía, mientras los sauces lloraban lágrimas del cielo que eran recogidas áviamente por la tierra sedienta.

Allá, en la más terrible de las soledades, quedaba aquel que siempre había estado rodeado de amigos y familiares. Triste condición y fin del ser humano, nacer para morir y siempre tener que morir para dejar vivir.

Cadenas seculares de vida y muerte. Misterios que la mente humana inútilmente trata de violar.

IV

Apenas aparecía el disco anaranjado anunciando el nuevo día y ya los latidos de vida alegraban aquella casona de los aledaños del pueblo. En mis sueños de niño se me antojaba un castillo feudal, quizá por haber estado reciamente construído de sólido sillar con remates de ladrillo rojo, sobre un pequeño promotorio. El casco del pueblo estaba a nuestros pies. Aquel sitio era un observatorio privilegiado.

La puerta central de entrada era de roble macizo con pequeños adornos cuadrados de hierro. Una mano gigante empuñando una bola -también de hierro-, que a mí me parecía el mundo, era el llamador que nunca usábamos. Siempre estaba abierta.

Un amplio recibidor que servía de sala, sorprendía a las visitas con sus cuadros extravagantes que vigilaban dos cabezas de venado disecadas.

Ocho recámaras se repartían a los lados del corredor colosal, cuyas paredes revestidas con un mosaico-azulejo, daban la permanente sensación de alegría y felicidad. Comedor y cocina se juntaban con un portalito cuya puerta era la que más utilizábamos por su fácil acceso a los servicios, patio y corrales. Gruesas vigas de madera espiaban desde lo alto los movimientos de sus moradores.

Afuera, un jardín amorosamente atendido en donde predominaban las rosas-reinas, claveles, lirios, nardos y tímidas maravillas, era embalsamado por el aroma penetrante y seductor de los jazmines.

Atrás, la huerta con aguacates, perales, ciruelos, higueras y nogales. Más abajo, hacia el río, perfume de azahares, naranjos y limoneros en floración.

En el corredor, colgadas en los ramales de la bugambilia morada, jaulas multicolores que albergaban canarios, ruiseñores y clarines, cuyos delicados cantos contrastaban con la algarabía de mis hermanos, que solían bromear en las abluciones matinales arrojando el agua fría que revivía a los desvelados.

Los únicos dos servicios de baño y excusado eran demandados

con urgencia por los más desesperados. El tío, al ocuparse de estos menesteres, acostumbraba fumarse un cigarro de hoja con toda paciencia, mientras evacuaba, porque así, según decía, provocaba la fácil desocupación del intestino. El motín entre hermanos y hermanas era entonces inminente. Algunos no esperaban e iban con pasitos apretados hacia los corrales, siempre con el ojo avizor de que no los sorprendiera la tía Virgen y defendiéndose con un palo de las embestidas de los cerdos, que buscaban en el excremento las delicias de un postre.

Una mesa enorme ocupaba el centro del comedor alrededor de la cual nos sentábamos en orden riguroso todos los componentes de aquella gran familia, a los primeros albores de la aurora. Grandes cacerolas de frijoles humeaban en el fogón, cuyo fuego era avivado por mis hermanas que estuvieran de turno en la cocina, auxiliadas por dos criadas que trituraban el maíz remojado para hacer la masa de las riquísimas tortillas. Ollas de café hervían despidiendo su aroma peculiar. Las sartenes gemían al contacto de la manteca de cerdo y los huevos frescos saltaban frenéticos al mezclarse con los chiles, cebollas y tomates.

A una orden del tío Pedro, quien ocupaba invariablemente la cabecera, empezaba la batalla por la subsistencia. Había necesidad de convertirse en un verdadero perito en estrategia militar, para poder llenar el estómago siempre hambriento.

Canastos de pan eran devorados en menos que canta un gallo, por aquellas bocas sin fondo. En breves minutos los alimentos eran arrasados materialmente, quedando el campo desnudo de especies comestibles. El almuerzo estaba concluido y cada quien volaba a sus labores: escuela, taller de costura y la mayoría al campo. Las avencillas se dispersaban en busca de nuevos horizontes, quedándose en el hogar algunas de mis hermanas, mi madre y la tía Virgen. Ellas también listas a librar la lucha diaria en los quehaceres domésticos y en las disputas que el carácter violento de la tía provocaba.

Entramos mi tía Virgen y yo al cuarto que servía de oficina al tío Pedro. El sol quebraba sus rayos en el enorme ventanal acariciando con su mano de luz aquellos objetos tan queridos, el escritorio de cortina, la silla con asiento de cuero de borrego, el antiquísimo tintero, libros de autores disímolos, armas de diferentes calibres y marcas.

Aquellas cosas me parecieron marchitas, esperando quizás también el consuelo de su muerte. Es curioso, pero los objetos parecen cobrar vida cuando se les trata y se les usa. Son seres animados con propia personalidad y están vibrando en comunicación constante con su amo que los maneja y cuida. Al desaparecer éste, ellos también mueren a su modo, ahogándose en la inmensa laguna de su nostalgia.

Mi inconsolable tía cuyo temple de acero había sido sometido a la dura prueba, hurgaba entre los cajones perfumados a cedro de aquel viejo escritorio, en el cual solía trabajar el ser ausente.

Al tropezar sus manos con alguna prenda consentida, sollozaba presa de sentida añoranza. Los recuerdos acudían a su mente al fijar su vista en el reloj chapeado en oro que le había obsequiado en uno de sus aniversarios de bodas. Ella, que no había podido engendrar hijos a pesar de tenernos a nosotros, se aferraba inconscientemente en un quizá justificado afán de posesión de reliquias antiguas y joyas, además de su colección de pajarillos, gatos y perros. Esos eran para ella los verdaderos hijos, absurda sustitución de los auténticos que nunca pudo traer al mundo.

La pobrecilla de la tía, según contaba mi madre, había sufrido terriblemente en su juventud por la falta de descendientes. Mutuamente se culpaban ella y el tío Pedro, ocasionando tan frecuentes disgustos, la ausencia de éste en el hogar, por varios días. La única vez que se decidieron a consultar al boticario, a falta de médico, el diagnóstico confuso y me imagino ampuloso, del estúpido de don Nabor, no los sacó de dudas. Para no errarle, declaró estériles a los dos. Sólo la

ignorancia supina de mis tíos, los llevó con un hombre que presumía de sabio y que era en realidad, como decían en mi pueblo, una perfecta vaca.

La dureza de su natural carácter se recrudeció y a nosotros nos trataban como a soldados. De vez, en vez, asomaba en aquellos rostros amargados, la dulzura de una sonrisa.

De todos mis hermanos destacaba el mayor de los hombres, Enrique. Era alto, bien parecido, marrullero y camorrista, pero con una inteligencia tan despierta que pronto se convirtió en el favorito de mi tío Pedro a quien invariablemente acompañaba en sus continuas correrías por los campos y rancherías. Su sonrisa era cautivadora. Siempre de buen humor, listo a la ironía con su palabra fácil y sarcónica. Quizá por eso el tío también sentía atracción por mi simpático hermano.

Enrique conocía a la perfección todos los caprichos y estados de ánimo del tío. Sabía cuándo estaba de buen o mal humor y también tenía la gracia de hacerle cambiar de carácter en algunas ocasiones, por cierto muy contadas.

Con penetrante sentido de observación decía que me fijara en los ojos del tío cuando pretendiera pedirle algún servicio. En los ojos -expresaba- está el secreto. El tío tiene uno bueno y el otro malo. El izquierdo es viscoso, turbio, no ve de frente, es su lado torcido y malvado. Sin embargo, el derecho es limpio, mira de frente, sin toruosidad, es su ojo bondadoso. En las alteraciones de sus órganos visuales se encuentra el sí o el no.

Pienso que algunas veces le fallaba a Enrique su teoría, porque con mucha frecuencia lo veíamos atravesar el corral como un venado, seguido de cerca por el tío que blandía su favorita y flexible vara de membrillo, que caía como látigo sobre las partes más blandas de mi hermano, haciéndole gruesos verdugones que lo imposibili-

taban a montar en su caballo preferido, por un par de días.

Cuando sucedían estos repetidos incidentes, ya fuera con Enrique o con otro de mis hermanos, mis padres aguantaban sin chistar las arbitrariedades del tío, elevándose a los aires en sonos de protesta, las sonoras trompetillas de mis muy femeninas hermanas. Nadie se atrevía a más.

VII

La casa alegre y cascabelera estaba de luto. Las sombras se apretujaban por los rincones huyendo de la luz. La noche caía con su negra capa cobijando bestias, árboles y montes.

El amplio corredor de arquería española, recibía en silencio a los vecinos y familiares que asistían a los rosarios.

La tía Virgen con sus ojos enrojecidos alzaba su rostro apergaminado en demanda de atención.

En seguida, con su voz cascada recitaba maquinalmente el Padrenuestro hasta su primera mitad. Los demás, atropellada y presurosamente, completábamos el resto de la oración en murmullos semejantes a las piedras arrastradas por el riachuelo en sus épocas de creciente.

Ensartijadas en las invocaciones del Padrenuestro, venían las Salves, que hablan de las rogativas de nosotros los pecadores a la Madre de Dios por nuestra salvación, "ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén".

No se por qué al oír la palabra muerte, miraba de soslayo a mis padres, pensando quizá que por su edad avanzada, serían los que acudirían pronto al llamado de Dios, dejando fuera de toda eventualidad a mis jóvenes y saludables hermanos, algunos de ellos tan ajenos y sin embargo tan cercanos a la verdad del misterio supremo. ®

Cuando hacía estas reflexiones recordaba mi despertar a la vida. Los primeros contactos con mis semejantes. Mi madre, mis hermanos. De mi subconsciente brotaron los lejanos y felices días

ignorancia supina de mis tíos, los llevó con un hombre que presumía de sabio y que era en realidad, como decían en mi pueblo, una perfecta vaca.

La dureza de su natural carácter se recrudeció y a nosotros nos trataban como a soldados. De vez, en vez, asomaba en aquellos rostros amargados, la dulzura de una sonrisa.

De todos mis hermanos destacaba el mayor de los hombres, Enrique. Era alto, bien parecido, marrullero y camorrista, pero con una inteligencia tan despierta que pronto se convirtió en el favorito de mi tío Pedro a quien invariablemente acompañaba en sus continuas correrías por los campos y rancherías. Su sonrisa era cautivadora. Siempre de buen humor, listo a la ironía con su palabra fácil y sardónica. Quizá por eso el tío también sentía atracción por mi simpático hermano.

Enrique conocía a la perfección todos los caprichos y estados de ánimo del tío. Sabía cuándo estaba de buen o mal humor y también tenía la gracia de hacerle cambiar de carácter en algunas ocasiones, por cierto muy contadas.

Con penetrante sentido de observación decía que me fijara en los ojos del tío cuando pretendiera pedirle algún servicio. En los ojos -expresaba- está el secreto. El tío tiene uno bueno y el otro malo. El izquierdo es viscoso, turbio, no ve de frente, es su lado torcido y malvado. Sin embargo, el derecho es limpio, mira de frente, sin toruosidad, es su ojo bondadoso. En las alteraciones de sus órganos visuales se encuentra el sí o el no.

Pienso que algunas veces le fallaba a Enrique su teoría, porque con mucha frecuencia lo veíamos atravesar el corral como un venado, seguido de cerca por el tío que blandía su favorita y flexible vara de membrillo, que caía como látigo sobre las partes más blandas de mi hermano, haciéndole gruesos verdugones que lo imposibili-

taban a montar en su caballo preferido, por un par de días.

Cuando sucedían estos repetidos incidentes, ya fuera con Enrique o con otro de mis hermanos, mis padres aguantaban sin chistar las arbitrariedades del tío, elevándose a los aires en sonos de protesta, las sonoras trompetillas de mis muy femeninas hermanas. Nadie se atrevía a más.

VII

La casa alegre y cascabelera estaba de luto. Las sombras se apretujaban por los rincones huyendo de la luz. La noche caía con su negra capa cobijando bestias, árboles y montes.

El amplio corredor de arquería española, recibía en silencio a los vecinos y familiares que asistían a los rosarios.

La tía Virgen con sus ojos enrojecidos alzaba su rostro apergaminado en demanda de atención.

En seguida, con su voz cascada recitaba maquinalmente el Padrenuestro hasta su primera mitad. Los demás, atropellada y presurosamente, completábamos el resto de la oración en murmullos semejantes a las piedras arrastradas por el riachuelo en sus épocas de creciente.

Ensartijadas en las invocaciones del Padrenuestro, venían las Salves, que hablan de las rogativas de nosotros los pecadores a la Madre de Dios por nuestra salvación, "ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén".

No se por qué al oír la palabra muerte, miraba de soslayo a mis padres, pensando quizá que por su edad avanzada, serían los que acudirían pronto al llamado de Dios, dejando fuera de toda eventualidad a mis jóvenes y saludables hermanos, algunos de ellos tan ajenos y sin embargo tan cercanos a la verdad del misterio supremo. ®

Cuando hacía estas reflexiones recordaba mi despertar a la vida. Los primeros contactos con mis semejantes. Mi madre, mis hermanos. De mi subconsciente brotaron los lejanos y felices días

de mi infancia, que me llevaron a entablar una plática con el recuerdo.

“Tendré cuatro o cinco años. Me encuentro jugando en el corralón de mi casa. Oigo un alegre tintineo y el trotar de un caballo. Dejo con premura el pozo que estoy haciendo en la tierra y corro desbocado a buscar a mi madre. La encuentro envuelta en un delantal preparando unas ricas galletas para la cena. Le hago ver que el vendedor de helados está frente a la casa y le pido me compre un cono de nieve. Allá vamos rumbo a la puerta donde se encuentra esperando arriba de su cochecito el viejo nevero; me dá el cono y arrea su escuálida bestia haciendo sonar la campanita. Mi madre regresa a sus quehaceres y yo me quedo extático, mirando embelesado al viejo que se aleja. Saboreo mi nieve y espero a que el vendedor se pierda en la lejanía. Apenas se escucha ya el vibrar metálico de la campanita. Se va, se aleja, y queda en mis oídos el murmullo, el choque de las herraduras en el empedrado y el sonar lejano de un ritmo, de un lenguaje encantador”...

VIII

Al despuntar el alba y después del almuerzo, Enrique personalmente ensillaba los caballos para emprender las tareas cotidianas en compañía del tío Pedro.

La tía Virgen, si estaba de buenas, salía al portal para decirle adiós a su esposo. Mi madre invariablemente despedía a Enrique haciéndole la señal de la cruz a guisa de bendición. Sus ojos siempre tristes, se quedaban clavados en las figuras de los jinetes, hasta que el lomerío, con sus crestas caprichosas, los devoraba.

En la lejanía una tenue polvareda envolvía a tío y sobrino que trotaban acompasados en sus nobles brutos. El tío, que presumía de haber nacido montado a caballo, era efectivamente un excelente jinete. A sus dotes naturales de inteligencia debía su prosperidad. Era muy ladino para los negocios obteniendo siempre el mejor provecho en la compra y venta de ganado, que era su principal

actividad. Así, todos los días recorría poblados y rancherías regateando el precio de las reses y de pasada cobrando los réditos del dinero que prestaba.

En los alrededores todo mundo lo conocía y se ponía en guardia cuando comenzaba a tratar, pues hábilmente “El Viejo”, como solían decirle, quizá por su redonda cabeza plateada, sacaba partido de sus razonamientos. No faltaban peros cuando compraba alguna res. “Que estaba muy flaca”, “que la vaca recién parida estaba seca” y así, a su modo ranchero, aducía miles de pretextos para comprar barato.

Lo difícil para el tío venía cuando se presentaba la temporada de venta del ganado, pues haciendo “de tripas corazón”, se acercaba a su compadre Genovevo para que éste lo sacara de apuros con los compradores norteamericanos. El tal compadre “Bevo”, como le decía mi tío, era un competidor suyo en la compra y venta de animales, pero el socarrón tenía la ventaja de hablar y entender un poco de inglés, idioma que era un verdadero crucigrama para el pobre de mi tío, que en vano y por más que “parara las orejas” con los tratantes del país vecino, se quedaba en “ayunas”, es decir, sin entender absolutamente nada, pero siempre con la desconfianza latente de que Bevo lo hubiera engañado.

Una noche recién regresaban de sus labores, inopinadamente el tío notificó a mis padres que había decidido mandar a estudiar a Enrique a los Estados Unidos.

Esa noche no se me puede olvidar, pues por vez primera oí hablar a mi padre oponiéndose a la determinación de su enérgico conuño. Mi madre no pudo contener el llanto y abrazándose de Enrique volcó su sentimiento negativo.

Pero la suerte estaba echada y no había apelación posible. Enrique marcharía al vecino país del norte. Quién mandaba, así lo había dispuesto.

Al acostarnos los hermanos a lo largo del corredor, algunos en catres de lona y otros en el suelo, oíamos imperceptiblemente los gemidos de mi madre y la voz dulce y consoladora de mi padre que balbuceaba casi en secreto.

De pronto, como las tempestades que llegan sin anunciarse, se alzó la protesta. Haciendo voz de falsete, algunos de mis hermanos -¿o sería alguna de mis hermanas?-, lanzó a los aires el insulto máximo que ponía fuera de sí al tío Pedro: "viejo jorro", (estéril) y las carcajadas repercutieron por toda la casa lastimando las paredes. De un salto y en ropas menores el tío Pedro blandió su ancho cinturón azotando a diestra y siniestra. Aquello era un maremágnum, pues en la oscuridad se movían diferentes siluetas y todas ellas, como si fueran un eco, gritaban entre risotadas y ayes lastimeros: "viejo jorro", "viejo jorro". Algunos pegaban la estampida para el patio o los corrales; otros buscábamos guarecernos debajo de las camas, pero la furia y la dignidad del hombre ofendido en su amor propio, por haberle negado la naturaleza aptitud para poder engendrar hijos, seguía su destructora obra. La voz ronca de la tía Virgen: "Pedro, Pedro, no hagas caso, el diablo se te ha metido en el cuerpo, ¡apacíguate, serénate!", logró el milagro de calmar a aquella bestia enloquecida.

IX

La campiña norteña con sus áridos montes y colosales montañas, recibía jubilosa el baño luminoso de un sol que hacía descender sus rayos dorados en una mañana límpida y pura, con un cielo azul, libre de nubes impertinentes.

En caravana familiar atravesamos el pueblo de casas iguales, simétricamente alineadas, de construcción de adobe, barro y sillares amarillos, para ir rumbo a la estación del ferrocarril a esperar la llegada del tren que venía de México con destino a Laredo.

Dejamos atrás la plaza rumbosa, de frondosos álamos, fresnos y eucaliptos, con sus bancas de madera y su kiosko descolorido, albergue de enamorados, para persignarnos apresuradamente en las puertas de la vetusta iglesia de estilo churrigueresco -bella herencia de nuestros antepasados españoles-, yendo a desembocar finalmente, siempre por la calle principal, en los andenes mismos del ferrocarril, cuyas paralelas aceras esperaban pacientes la llegada del tren.

Enrique, el héroe de todos nosotros, y que a la sazón frisaba apenas los veinte años, se cubría su ensortijada cabellera atrigueñada con una cachucha de cuadros anaranjados y negros. Sus brillantes ojos verdes acusaban extraña inquietud. Iba cargado como un gitano con maletas y bultos que mi previsora madre había preparado con esmero. Llevaba además de su ropa y efectos personales, una canasta rebosante de naranjas, plátanos y manzanas, así como una buena provisión de tortillas de harina que en forma de "tacos", guardaban celosamente en su vientre: huevos, chorizo o frijoles ya preparados, además de una porción de "lonches de cabrito", suficientes para alimentar a una docena de personas. Mi madre, así, quería satisfacer los antojos de los platillos favoritos de Enrique, sin concebir su ingenuidad e ignorancia en requisitos aduanales, que tales alimentos y frutas llegarían tan sólo hasta los límites de la frontera.

El agudo silbato de la locomotora anunciando su llegada, apresuró aquella inolvidable despedida. Mis hermanas mayores engalanadas con sus vestidos domingueros, coqueteaban con los amigos de la familia y curiosos del pueblo. El tío Pedro, vestido de negro, dirigía fulminantes miradas de reproche a las más atrevidas, en tanto que mi padre y mi madre aprisionaban a Enrique entre sus brazos, hilvanándole consejos con bendiciones.

Al transcurrir de unos cuantos minutos, reglamentarios en un poblado de poca importancia, anunció el tren su partida con silbatazos cortos que taladraban las orejas. Lo que no se dijo durante la espera, en vano se pretendió hacerlo en unos cuantos segundos. Comenzó el diluvio de abrazos, gritos, besos y recomendaciones. Mi hermano prometió escribirme estirándome la oreja, según cariñosa costumbre. Me pareció que a pesar de su atolondramiento, iba feliz.

La negra chimenea de la locomotora resoplaba enormes bocanadas de humo al cielo, y se me figuraba que hacía mover las caderas de sus carros, como mujer provocativa.

La serpiente de acero se fue alejando por los vericuetos de la serranía, dejándonos un vacío en el corazón. Extáticos contemplamos su total huida.

Aquel año no regresaría a la ciudad con mis tías y por lo mismo suspendería mis estudios. El tío Pedro, celoso de la economía doméstica y haciendo cálculos de lo que costaría la estancia de Enrique en el extranjero, quiso me quedara en el pueblo para sustituir en la parte que a mí pudiera corresponderme, el lugar del ausente. Entre los tres hermanos varones restantes nos repartiríamos el trabajo.

Mi primera ocupación por las mañanas era darle de beber agua a los marranos. Las manos no acostumbradas a trabajos violentos se ampollaban al estirar la cuerda de la noria. Eran diez cubetazos diarios. Diez viajes del balde al recipiente y diez vueltas a los "chiqueros" de aquellos cerdos glotonos. Después de tan tremenda tarea viraba mis pies rápidamente hacia la mesa del almuerzo.

El tío Pedro algunas veces me ordenaba que saliera con él por las mañanas, yendo medroso a su lado a las más cercanas haciendas. Imposible de olvidar aquella ocasión en la cual me obligó a punta de chicotazos a subirme a un caballo bronco. Más tardé en posar mis sentaderas en aquella bestia salvaje, que en sentirme elevado por los aires para caer violentamente de bruces en la tierra impregnada de estiércol y pastura.

Las carcajadas de los vaqueros eran para mí como un himno a la burla. Y otra vez la demanda imperiosa de mi tío instándome a trepar nuevamente al bruto para que "me hiciera hombre". Y de nuevo, vuelta de narices por tierra causándome escoriaciones en la cara y en los brazos. Fueron inútiles mis lágrimas de niño para conmover a aquel sádico. Otra vez al caballo y por gracia de Dios, la última. Caí rebotando como un muñeco en las puertas del corral, perdiendo el conocimiento.

Cuando desperté, una mujer de la hacienda que visitábamos, con ternura maternal atendía mi cabeza ensangrentada. Volví a cerrar los ojos al aspirar el aroma de un bálsamo reconfortante parecido al alcanfor. Mis oídos registraron "cuchicheos" extraños dentro del jacal

y mis ojos contemplaron una escena insólita. El tío Pedro acariciaba confiadamente las amplias posaderas de la mujer, propinándole besos sonoros en la boca. Al percatarse de que lo estaba mirando, la apartó bruscamente y me dijo: "¿te sientes mejor. A tí te falta mucho para que seas machito. Levántate y vámonos". Le obedecí maquinalmente y me encaminé hacia los caballos. Todavía escuché que detrás de la puerta seguían los besos "tronados" de despedida y luego surgió la figura del tío calándose el sombrero tejano de palma. La mano que me curó, abanicó el aire diciéndonos adiós.

En el camino de regreso el tío venía taciturno. No despegó los labios hasta que estuvimos a un paso de los umbrales de la finca. Sólo musitó estas palabras: "sea hombrecito y mucho cuidado de ir a la tía con cosas".

Intuí que a pesar de todo, aquel gigante despiadado temía a la tía Virgen.

Una tarde que acompañé a mi padre al "tendajo" propiedad del tío Pedro, recibí primero que nadie una grata sorpresa: carta de Enrique.

Inesperadamente llegó al comercio el anciano cartero del pueblo, Don Jesusito, preguntando con su voz aflautada si yo estaba presente. Al saltar por encima del mostrador, encarándome, el viejo sacó de su maltrecha maleta un sobre que me entregó de inmediato. "¡Papá, papá, carta de Enrique, carta de Enrique!", grité a todo pulmón. Mi padre, emocionado, dejó de atender a una señora moviendo contra su costumbre desafortadamente los brazos, derribando la gran botella de aceite de linaza que fue a chorrear sobre el depósito de azúcar. "Léeme la carta, pronto, qué dice, cómo está, cuándo viene". Con mucha parsimonia y presunción -puesto que sabía leer- ante los presentes, ya que ninguno se movió, comencé a dar lectura a la misiva que me enviaba mi hermano.

Cerramos la tienda antes de la hora, pues mi padre ansiaba que todos en la casa, especialmente mi madre, se enteraran del con-

tenido que aquel papel misteriosamente -para él- guardaba. El pobre tropezaba en el camino con sus enfermas piernas temblorosas, lamentándose profundamente de no haber tenido oportunidad de aprender a leer. "Pero tú y Enrique sí saben y tienen que ayudar a sus hermanos a ilustrarse". Con eso se consolaba el bondadoso ignorante.

En nuestra prisa por llegar, no vimos el humo de la fogata del asado instalado afuera de la cocina, señal inequívoca de que ya se encontraba de regreso el tío Pedro, preparando personalmente algunos pedazos de carne de res para la cena.

Nos salió al paso e interpeló a mi padre sobre el motivo de tan prematuro regreso de sus obligaciones. "Carta de Enrique", replicó papá alegremente. ¿Y por qué desgraciados cierras el negocio? Mi padre no contestó penetrando a la casa por la cocina a la vez que agitaba en su mano el sobre violado.

De inmediato hubo reunión de familia, esperando todos con impaciencia que "su majestad", el tío, se dignara presidir el acontecimiento.

Entró "bufando" con su cara excitada por el coraje. ¿Por qué "diantres" no se dirige a mí? La respuesta no se hizo esperar mucho. Fue pronta y seca. La garganta bronca de la tía Virgen, barboteó: "Porque tú no sabes leer, animal, apenas si sabes contar". La mecha se encendió y empezó la trifulca con insultos gruesos.

La tía Virgen pocas veces "echaba su cuarto a espadas" y cuando esto sucedía aquello se convertía en un manicomio. Los bigotes ralos y negros de la tía, temblaban de rabia, dándole a su moreno rostro un aspecto diabólico.

Tras la tempestad venía la calma. Los ojos enfurecidos de ambos se enviaban mensajes vengativos, mientras yo daba lectura a los episodios narrados por Enrique en su aventura.

El olor de la carne asada se nos metía por las fosas de la nariz, mientras el apetitoso manjar, se retorcía en la parrilla del asador, lubricando las glándulas salivales.

La salsa de tomate con chile "piquín" del monte alegraba las tortillas recién salidas del "comal". La carne jugosa era aguijoneada

y devorada por incisivos hambrientos.

"Panza llena, corazón contento". Tras la espumosa cena, los comentarios de sobremesa. Enrique era el tema.

Arriba, en el cielo, las estrellas hacían guiños a la luna.

XII

Enrique sufría penalidades por el desconocimiento absoluto del idioma. No se quién le recomendó al tío un Colegio para Administradores de Negocios en Filadelfia y hasta esas latitudes fue a parar mi hermano. Desesperadamente decía en secreto que "no le entraba", a lo que al agregado le contestaba: "¿cómo no le entraba? ¿a este bruto?".

Me escribía que "el agregado" le había dado un cubano compañero de viaje que le enseñara el camino al salvavidas, pues él "no sabía nada" de la ciudad.

Me relató también que "el agregado" le había enseñado a llegar. Sus angustias eran tales que al cruzar la frontera, exclamaba: "¡te al hacer el traslado del paquete que me llevaste a su destino". Para su buena fortuna uno de los empleados era de ascendencia mexicana y al darse cuenta de los apuros de Enrique, le explicó los movimientos que debería hacer al llegar a las grandes ciudades; qué número de tren debería abordar, a qué hora, y su fin, procuró orientar al "pobre gallo que andaba en ciegas". Antes de despedirse le colocó un tarjetón en la solapa de su chaqueta, a guisa de boleto de express, diciéndole que se lo enseñara a los siguientes empleados, pues allí estaban escritos en inglés las instrucciones para "dejar el paquete en su destino".

"Cuando llegué a la estación de Filadelfia, me pareció un manicomio, multitudes abigarradas, gentes de todas las razas hablando y parlotando. Me quedé inmóvil, buscando a alguien que llevar por agua, río de gente, sin opción de hacer nada. No sabía qué hacer, ni a quien recurrir, me creía perdido en un extraño terreno. Es-

triste que aquel papel misteriosamente para él guardaba. El pobre
trapeaba en el camino con sus enfermas piernas temblorosas, le
aconsejaban que se apresurara de no haber tenido oportunidad de apresurarse
ya que él sabía y tienen que ayudar a sus
se consolaba el bondadoso ignorante.
no rimos el humo de la fogata
señal inequívoca de que ya
preparando personalmente

sobre el motivo
de Enrique",
negocio?
a la vez
esperando todas con
presidir el aconteci-
miento.

Entonces, con el rostro
"blancos" no se dirige a ella. La respuesta no le hizo esperar mucho.
Fue pronta y seca. La garganta bronceada de la tía Virgen, barbotó:
"Porque tú no sabes leer, niña, apenas si sabes contar". La uacha
se encendió y empezó la trifulca con insultos gruesos.

La tía Virgen pocas veces "arababa su cuarto a espadas" y
cuando esto sucedía aquello se convertía en un manicomio. Los bi-
gütes rulos y ongas de la tía, temblaban de rabia, dándole a su mo-
mento rostro un aspecto horrible.

Los ojos enfurecidos de
vivos, mientras yo daba lectura a
los episodios narrados por Enrique en su aventura.

El olor de la carne asada se nos metía por las fosas de la na-
da, mientras el apetitoso manjar, se retorcia en la parrilla del as-
do, haciendo las glándulas salivales.

La salsa de tomate con chile "piquín" del monte alegraba
tortillas recién salidas del "comal". La carne jugosa era aguijoneada

y devorada por incisivos hambrientos.

"Panza llena, corazón contento". Tras la opípara cena, los
comentarios de sobremesa. Enrique era el tema.

Arriba, en el cielo, las estrellas hacían guiños a la luna.

XII

Enrique sufría penalidades por el desconocimiento absoluto del idio-
ma. No se quién le recomendó al tío un Colegio para Administrado-
res de Negocios en Filadelfia y hasta esas latitudes fue a parar mi
hermano. Desesperadamente decía en sus cartas que el inglés "no le
entraba", a lo cual agregaba como comentario el tío, "nadamás fal-
ta que a este bruto se le olvide el español para que se quede mudo".

Me escribía que había cultivado amistad con un muchacho
cubano compañero de estudios y al cual se pegaba como el náufrago
al salvavidas, pues el caribeño ya "masticaba" algo de inglés.

Me relató también todos los incidentes del viaje hasta su
llegada. Sus angustias principiaron al cruzar la frontera, precisamen-
te al hacer el transbordo del tren que debería llevarlo a su destino.
Para su buena fortuna uno de los empleados era de ascendencia me-
xicana y al darse cuenta de los apuros de Enrique, en español, le ex-
plicó los movimientos que debería hacer al llegar a las siguientes
ciudades; qué número de tren debería abordar, a qué horas, y en
fin, procuró orientar al "pobre gallo que andaba en corrales ajenos".
Antes de despedirse le colocó un tarjetón en la solapa del saco, a
guisa de bulto de express, diciéndole que se lo enseñara a los subsi-
guientes empleados, pues allí estaban escritas en inglés las instruc-
ciones para "dejar el paquete en su destino".

"Cuando llegué a la estación de Filadelfia, aquello me pare-
ció un manicomio, multitudes abigarradas, gentes de todos colores
hablando y parloteando. Me quedé inmóvil, asustado, dejándome lle-
var por aquel río de gente, sin oponer resistencia. No sabía que ha-
cer, ni a quién recurrir, me creía perdido en un mundo extraño. Es-

taba petrificado, sin ver, ni oír, exactamente a media calle de una gran avenida. Mudos y gigantescos centinelas de cemento y acero contemplaban mi tragedia. Los coches que casi no conocía, se multiplicaban saliendo de todas partes, haciendo lo imposible por no atropellarme. Vagamente recuerdo sonidos estridentes de claxons e imprecaciones violentas de sus conductores.

"Mudo de espanto me quedé cuando dos vigorosos brazos me levantaron en vilo, salvándome quizá de una muerte violenta, para depositarme en la orilla de la banqueta. Era un policía. Oía que me hablaba en tono de regaño, pero al verme convertido en un idiota, optó por llevarme a una delegación policiaca cercana. Al llegar ahí habló con unos hombres sin uniforme, los cuales me sentaron en una banca y desprendieron de mi brazo la única maleta que me quedaba, pues de los demás bultos ni supe, vaciando su contenido en un escritorio".

"Curiosearon un buen rato con mis pertenencias. Yo los veía como un autómatas, sin poder mover un dedo. El más joven de ellos se me acercó. Empezó a hablarme pausadamente, con una voz serena y calmada. Sus ojos azules se posaron tranquilamente en los míos y comprendí en ese instante que aquel bondadoso hombre no me iba a hacer ningún daño, por lo contrario, quería ayudarme. Empecé a tartamudear y volviendo de mi ensimismamiento le dije que era mexicano, que iba a estudiar en el Colegio Comercial de Administradores. Se quedó, ahora él, perplejo. No conocía el idioma —"Are you mexican boy?"—, sin entender, le respondí que sí. Me preguntó algo del pasaporte y saqué de inmediato el mío de la bolsa secreta del saco. Afortunadamente allí venía un papel con el nombre de la Escuela y en seguida en un coche de la policía me llevó hasta las puertas del plantel. Me acompañó al interior del edificio y después de hablar con una persona, aguardamos la llegada de Mr. Williams, el Director. Pasé de unos ojos que irradiaban ternura, a los fríos y duros de quien iba a ser uno de mis maestros".

Después Enrique me relataba sus primeras experiencias, sus impresiones de los demás internados y la naciente amistad con aquel

cubanito que le servía de intérprete y al cual recurrió inicialmente Mr. Williams para hacerse entender.

Daba compasión leer las primeras cartas de mi hermano. Pero yo sabía que poco a poco tendría que salir adelante. En las noches rezaba por él, pidiéndole a Dios que lo cuidara. Mi madre estaba inconsolable. Muchas veces la sorprendí llorando en silencio...

XIII

A veces por las tardes acompañaba al tío Pedro por los sembradíos y potreros cercanos. "Al ojo del amo engorda el caballo", solía decir sentenciosamente.

Encorvados sobre los surcos, los peones sepultaban la simiente. El tío, para no perder la costumbre, se apeaba del caballo y personalmente vaciaba en aquellas hondonadas lineales, los granos prometedores. Cosechaba maíz, frijol y trigo de preferencia, aunque había también algunos pequeños huertos de vegetales y verduras.

En la orilla del río en forma desordenada, bailoteaban con sus penachos esmeralda las varas verdes, amarillas y moradas de las cañas de azúcar.

Las épocas de "molienda" eran todo un acontecimiento. En estas faenas participaba toda la familia. Mis hermanos desatendían momentáneamente sus quehaceres en los campos, para ayudar en estos menesteres.

Unos engranes impulsaban dos lisos rodillos de fierro puestos en movimiento por algún animal de tiro sujeto a un largo palo, quien daba vueltas que se antojaban interminables. Así, con este procedimiento rudimentario, se extraía el jugo de la caña, que se convertía en una deliciosa bebida: el "aguamiel".

Merced al cocimiento de este líquido hasta un "punto" determinado, observado y calculado por un perito en esta materia: el tío Pedro, se obtenían los deliciosos "piloncillos" que eran vaciados en moldes de barro parecidos a un cono.

Mis hermanas gozaban en estas faenas vigilando los "peroles"

taba petrificado, sin ver, ni oír, exactamente a media calle de una gran avenida. Mudos y gigantescos centinelas de cemento y acero contemplaban mi tragedia. Los coches que casi no conocía, se multiplicaban saliendo de todas partes, haciendo lo imposible por no atropellarme. Vagamente recuerdo sonidos estridentes de claxons e imprecaciones violentas de sus conductores.

"Mudo de espanto me quedé cuando dos vigorosos brazos me levantaron en vilo, salvándome quizá de una muerte violenta, para depositarme en la orilla de la banqueta. Era un policía. Oía que me hablaba en tono de regaño, pero al verme convertido en un idiota, optó por llevarme a una delegación policiaca cercana. Al llegar ahí habló con unos hombres sin uniforme, los cuales me sentaron en una banca y desprendieron de mi brazo la única maleta que me quedaba, pues de los demás bultos ni supe, vaciando su contenido en un escritorio".

"Curiosearon un buen rato con mis pertenencias. Yo los veía como un autómatas, sin poder mover un dedo. El más joven de ellos se me acercó. Empezó a hablarme pausadamente, con una voz serena y calmada. Sus ojos azules se posaron tranquilamente en los míos y comprendí en ese instante que aquel bondadoso hombre no me iba a hacer ningún daño, por lo contrario, quería ayudarme. Empecé a tartamudear y volviendo de mi ensimismamiento le dije que era mexicano, que iba a estudiar en el Colegio Comercial de Administradores. Se quedó, ahora él, perplejo. No conocía el idioma —"Are you mexican boy?"—, sin entender, le respondí que sí. Me preguntó algo del pasaporte y saqué de inmediato el mío de la bolsa secreta del saco. Afortunadamente allí venía un papel con el nombre de la Escuela y en seguida en un coche de la policía me llevó hasta las puertas del plantel. Me acompañó al interior del edificio y después de hablar con una persona, aguardamos la llegada de Mr. Williams, el Director. Pasé de unos ojos que irradiaban ternura, a los fríos y duros de quien iba a ser uno de mis maestros".

Después Enrique me relataba sus primeras experiencias, sus impresiones de los demás internados y la naciente amistad con aquel

cubanito que le servía de intérprete y al cual recurrió inicialmente Mr. Williams para hacerse entender.

Daba compasión leer las primeras cartas de mi hermano. Pero yo sabía que poco a poco tendría que salir adelante. En las noches rezaba por él, pidiéndole a Dios que lo cuidara. Mi madre estaba inconsolable. Muchas veces la sorprendí llorando en silencio...

XIII

A veces por las tardes acompañaba al tío Pedro por los sembradíos y potreros cercanos. "Al ojo del amo engorda el caballo", solía decir sentenciosamente.

Encorvados sobre los surcos, los peones sepultaban la simiente. El tío, para no perder la costumbre, se apeaba del caballo y personalmente vaciaba en aquellas hondonadas lineales, los granos prometedores. Cosechaba maíz, frijol y trigo de preferencia, aunque había también algunos pequeños huertos de vegetales y verduras.

En la orilla del río en forma desordenada, bailoteaban con sus penachos esmeralda las varas verdes, amarillas y moradas de las cañas de azúcar.

Las épocas de "molienda" eran todo un acontecimiento. En estas faenas participaba toda la familia. Mis hermanos desatendían momentáneamente sus quehaceres en los campos, para ayudar en estos menesteres.

Unos engranes impulsaban dos lisos rodillos de fierro puestos en movimiento por algún animal de tiro sujeto a un largo palo, quien daba vueltas que se antojaban interminables. Así, con este procedimiento rudimentario, se extraía el jugo de la caña, que se convertía en una deliciosa bebida: el "aguamiel".

Merced al cocimiento de este líquido hasta un "punto" determinado, observado y calculado por un perito en esta materia: el tío Pedro, se obtenían los deliciosos "piloncillos" que eran vaciados en moldes de barro parecidos a un cono.

Mis hermanas gozaban en estas faenas vigilando los "peroles"

de cobre, llamando a gritos al tío cuando calculaban que ya estaba en "su punto" aquella miel.

A veces se agregaban en los "peroles" corazones de nuez, siendo el "piloncillo con nuez" un dulce agradabilísimo al paladar.

Estas tareas se combinaban con las "calabazas en tacha" y los riquísimos "gajos de naranja agria" bañados por la miel de caña.

Mi madre, mis hermanas y a veces hasta la tía Virgen envueltas en llamativos "delantales", parecían hormiguitas laboriosas que se movían de un lado a otro impulsadas por una sana alegría. Ver así a los miembros de la familia era una bendición. Se olvidaban rencillas y todo mundo estaba de buen humor, "chupándose los dedos" con fruición.

La ausencia de Enrique ensombrecía aquellos días placenteros en los cuales se olvidaba todo lo malo.

Al caer el sol regresábamos en grupo a la cercana casa, listos a devorar las cabritos que llevábamos preparados para asar. Era uno de nuestros alimentos predilectos que repetíamos con frecuencia en guisos diferentes.

Cada noche después de la cena, el tío me pedía las cartas de Enrique y se quedaba mirándolas ansiosamente, pretendiendo inútilmente desentrañar su contenido. Habían pasado varios meses de su partida y pronto se acercaban las fechas angustiosas de la venta del ganado. Necesitaba urgentemente que alguien lo auxiliara pues quería a toda costa prescindir de los servicios de su compadre "Bevo". Desesperado me mandaba llamar y me daba instrucciones para que yo se las transmitiera a Enrique. "Dile que aprenda pronto, que me está costando mucho el Colegio. Por lo que respecta al dinero que pide para ropa y libros indícale que se "aguante" y que vaya a leer a las bibliotecas o como se llame".

Y dile esto y lo otro, pero siempre negándose a mandar más dinero que el absolutamente preciso y exacto de su colegiatura.

Yo comprendía, porque así me lo decía Enrique en sus misivas, que necesitaba estar más o menos bien vestido, pues le daba vergüenza andar como pordiosero siempre con la ropa ajena de su

amigo el cubano.

Por más que intercedía a las pretensiones justas de Enrique, el tío movía negativamente la cabeza "terco como una mula".

Yo deseaba que "volaran los días". Lo quería porque así cesarían las penalidades de mi hermano y las aflicciones de mi madre. Pero aún faltaban por pasar acontecimientos imborrables.

XIV

Para los ocho meses de estancia en Filadelfia, Enrique había dejado de ser el joven tímido y atolondrado que delataban sus primeras cartas.

Ya conocía en parte la ciudad y se consideraba un experto en "torear" automóviles. Los domingos previo permiso del Director, se marchaba con varios compañeros rumbo al puerto fluvial. Hacían excursiones en lancha por el enorme río viendo pender sobre sus cabezas el enorme y gigantesco puente colgante. En ocasiones iban a lonchar al majestuoso Fairmount Park, lugar en donde comenzó para Enrique su gran aventura.

Llegó una carta que leí parcialmente a los familiares. A pesar de que venían "muchas letras", como lo apuntó al notar su brevedad el tío Pedro, era imposible para mí revelar lo que confidencialmente relataba mi hermano.

"Estoy enamorado. Pero terrible y locamente enamorado.. Alicia es trigüeña, aperlada. Largas crenchas doradas caen sobre sus hombros en catarata triunfal. Ojos azul claro, nariz pequeña y coqueta. Labios francamente sensuales e incitantes, rojos y jugosos como la granada. Su carácter alegre, abierto, despreocupado, con esa insolencia cruel de quien se sabe joven y hermosa. Cuerpo de estatua. Demasiado perfecto para su edad".

"Cuando mis ojos de aturdido y sencillo aldeano aun inocentes y puros, tuvieron la osadía de mirarla, y ella la ocurrencia de clavar los suyos en los míos, a partir de ese instante sin haber cruzado una palabra, fui y soy suyo".

No tenía remedio. Enrique estaba perdido. Aquel mocetón, ignorante aún de las lides del amor, iba a librar su primera batalla.

Las cartas se sucedían unas a otras haciendo sospechar al tío Pedro y a mis padres, pero principalmente a mi madre, que aquella parquedad de noticias para ellos, no era normal, a pesar de mis esfuerzos en urdir historias que fueran de interés familiar.

"Algo le pasa a Enrique", decía mi madre dejándose llevar por ese instinto maternal que nunca se equivoca.

A veces para disimular y sin despegar mis ojos de la carta, inventaba nombres de compañeros y maestros, describía las aulas de estudio, las recámaras, los campos deportivos, procurando agrandar lo que Enrique someramente mencionaba. Mi pobre cabeza tenía que trabajar de prisa para ocultar el verdadero motivo.

Muy pronto Enrique me iba a poner en "tales aprietos" que no tuve más alternativa: convertirme en su cómplice.

XV

"Unos señores quieren ver a Don Julito y Doña Julita", anunció la voz gangosa de Panchita la fiel y vieja sirvienta.

Escuché un raro murmullo que partía de una de las recámaras de mis hermanas, luego unas risitas nerviosas, coincidiendo todo esto con la súbita palidez de Julia, mi hermana mayor, que a la sazón se encontraba sentada en una vieja mecedora del recibidor.

"Que pasen", ordenó obsequiosamente el tío Pedro, levantando su vista de unas fotografías de Filadelfia que había tenido la buena ocurrencia de mandar Enrique y las cuales, aclaraba, se las habían regalado.

Traspusieron el umbral de la puerta entornada, tres figuras masculinas. Iban contra su costumbre, ataviadas con sus mejores prendas domingueras.

Julia salió precipitadamente de la estancia rumbo a las recámaras. Cambiados los saludos de rigor e invitados a tomar asiento, merced a una fulminante mirada que me dirigió el tío Pedro, de-

saparecí del lugar yendo a reunirme con mis hermanas que "cuchi-cheaban" en las habitaciones contiguas.

Por lo que pude ver y lo mucho que pude oír, aquella sorpresiva visita iba nada menos que en "comisión" para "pedir" la mano de mi dulce hermana Julia. Aquella misteriosa y reservada muchacha nos iba a dar oficialmente el título de "cuñados" y más adelante el de "tíos".

Faltó un "pelito" para que "se tirara la manteca" y el tío Pedro lo echara todo a perder.

Voluntarioso y celoso como si fuera el propio padre, interpelló a los visitantes molestándolos con preguntas groseras sobre "si el pretendiente era honrado y hombre suficiente para mantener a mi hermana". Uno de aquellos señores se atrevió a decirle: "mire don Pedro, venimos a pedir el consentimiento de los padres y queremos en su caso, la opinión y anuencia de ellos, no la suya". Aquello dejó herido al león. Por unos instantes pensamos que no habría casamiento, pero la voz de la madre se dejó escuchar melosa y lastimera en defensa y por la felicidad de la hija. Ellos estaban de acuerdo en el matrimonio de Julia. No se escuchó una palabra más. El tío, ya sin otra salida y para recuperar su autoridad momentáneamente perdida, replicó, "Buenas noches caballeros, ya les mandaremos avisar la fecha que fijaremos para la boda". Todos se levantaron estrechándose las manos, excepto la tía Virgen que seguía como clavada en su sillón. Parecía una momia nostálgica pensando quizá en la partida de una hija que no pudo ser.

Aquella noche al acostarnos, las muchachas estaban inquietas comentando en voz baja el acontecimiento. "Los "chistidos" del tío Pedro pusieron un manto sobre sus bocas.

Al amanecer unos pasos inquietos me despertaron. Eran los de mi madre. Llevaba en sus manos una vasija humeante envuelta en una toalla. Olguita, la más chica de mis hermanas, que me seguía en edad, estaba ardiendo en calentura.

Enrique peligrosamente se hundía cada vez más. "Ella descorrió el velo de mi inocencia. Me abrió las puertas del amor. El amor dulce y amargo. Placer y sufrimiento".

"Juntar mis labios a los de la mujer amada, sentir su propio estremecimiento, el susurro de su respiración anhelante, la tersura de sus labios en flor. El leve rozar de mi rostro en sus cabellos perfumados. El tierno mirar de sus ojos brillantes y enigmáticos. Llenar con mis brazos su cuerpo tentador y fragante, estrecharlo suavemente y luego mirar en sus ojos la invitación..."

A gritos, porque también así se escribe, Enrique demandaba más y más dinero. Tenía la urgente necesidad de proveerse para seguir alimentando aquella terrible pasión que lo consumía.

Y lo que tenía que pasar, sucedió.

Conocedor de la ignorancia del tío, pero sabedor también de su malicia, se arriesgó a "jugar una carta" decisiva. Era necesario que yo me prestase al juego.

No tuve más remedio que aceptar comprendiendo el grave estado anímico de mi hermano, creyendo con esto salvarlo de cometer algún delito. Por otra parte, la idea de "sacarle" dinero al avaro de mi tío, me causaba una morbosa e íntima satisfacción.

"Tío, tío, carta de Enrique". Y de nuevo presidiendo el consejo familiar, el patriarca escuchaba.

"Dile a mi tío Pedro que ya muy pronto regresaré, además de saber hablar y escribir el inglés, he aprendido muchas cosas para ayudarlo a llevar más en orden sus negocios haciéndole economías considerables". Al entender el hombrón que Enrique le iba a ahorrar dinero, le chispeaban los ojos alegremente haciendo guiños de aprobación.

"Dile también, por si le interesa, que acaba de llegar a Fila-

delfia un profesor de idiomas que enseña a hablar a los perros. Muchos de los ricos de por acá están muy entusiasmados llevándolos a inscribir".

"Ojalá que la tía Virgen quisiera desprenderse por una corta temporada de 'Cazador'. Estoy seguro, ya que le tiene tanto cariño, que le gustaría verlo hablar como nosotros y platicar con él".

El dardo dió en el talón de Aquiles. De soslayo percibí en el rostro de la tía, reflejada una de sus muy contadas sonrisas.

"En caso de que les convenga (aquí ya escribía en plural), hazles ver que la matrícula es limitada y pronto se vá a cerrar, abriéndose quizá de nuevo hasta el próximo año".

Terminaba su audaz carta diciendo:

"Saludos cariñosos para todos. Muchos recuerdos y besos a mamá. No se te pase felicitarme a Julia en el día de su boda, sintiendo mucho no poder estar presente".

Por breves instantes la expectación reinó en la salá. La estancia transpiraba una atmósfera de suspenso.

"Es increíble. No es posible eso que dice Enrique" tartajeó trémulo el tío.

De mi propia cosecha, agregué: "Usted se imagina tío, a 'Cazador' hablando, le ahorraría muchas vueltas y sobre todo sería un espía ideal para vigilar a los peones en sus trabajos".

Aquella "leña" avivó aún más el fuego del entusiasmo.

La decisión fue pronta sin darle margen a la reflexión.

"Ahorita mismo le escribes a Enrique pidiéndole más informes y preguntándole cuánto cuesta la "enseñada del perro". Un rictus de codicia asomó en aquel semblante de duro continente. En seguida, dirigiéndose hacia mis demás hermanos, agregó: "Y ustedes mucho cuidado con decir a nadie que 'Cazador' va a hablar como la gente". "Es necesario que todos guardemos absoluta reserva", apuntó con énfasis dramático.

Sólo Dios sabía lo que aquella mente elucubraba. La imaginación, con su corte de fantasías, había capturado una presa fácil.

Los ojillos secos y apagados de la tía Virgen, brillaron con una luz desconocida. Yo adivinaba que en esa forma singular, daba el respaldo a las palabras del tío y consecuentemente, su más amplia aprobación.

La suerte estaba echada.

XVII

En vísperas de la boda todo era algarabía en la casa.

Mis hermanas adornaban las paredes de por sí elegantes del corredor, según mi parecer, con listas kilométricas de colores azul y blanco, ya que esta combinación era la divisa de "Las hijas de María".

Unos trabajadores "especialistas" cubrían el rojizo piso de cemento con metros interminables de manta blanca.

Cada arco de aquel majestuoso corredor ostentaba también gigantescos "moños" de tela azul y blanca, en serie alternada, sujetando cada uno de ellos gladiolas amarillas, rojas, lilas y anaranjadas.

Tiestos de flores en una variedad infinita, formaban valla a todo lo largo, cual firmes soldados abigarrados. Sillas de madera en numeración progresiva, esperaban inmutables a todos los invitados.

Contrastando con la alegría de las risas y el ajetreo, una de las recámaras permanecía cerrada. En su interior, dos personas mirándose en silencio presintiendo lo inevitable, sufrían: Olguita, que continuaba enferma y cada día peor y mi santa madre, mártir abnegada. Aquel cuadro era doloroso. Mi hermanita seguía postrada y con altas temperaturas. El médico traído especialmente hablaba de fiebre reumática complicada con otras afecciones difíciles de explicar. Se concretó a recetar algunos medicamentos que personalmente fui a traer a la ciudad en viaje especial, deteniéndome por breves minutos en la casa de mis tías portando saludos de mis gentes y con el encargo de recordarles no faltaran a la fiesta de bodas de Julia.

Los trinos de los canarios y los zenzontles, en escalas armónicas, anunciaron la llegada del gran día.

Comenzaron las carreras y las precipitaciones: que el vestido de la novia, que la corona de azahares y todas esas pequeñas y grandes cosas que suceden en los momentos previos de todos los matrimonios del mundo.

La "nota negra" estuvo al borde de causarla el tío Pedro. Terco y obcecado, se empeñaba a entrar en el templo del brazo de Julia para entregarla a su prometido, tarea que la costumbre ha impuesto al padre. De nueva cuenta la tía Virgen evitó el escándalo, frustrando las intenciones de aquel padre "postizo".

La ceremonia con música sacra de fondo, estuvo lucidísima. No cabía ni una sola alma en la única nave de la vieja Iglesia. Tal parecía que todo el pueblo se había dado cita para no perder detalle del casamiento.

Abajo del portal y en el jardín, se sirvió la espléndida, abundante y diversa comida. Había "barbacoa de cabeza de res", "cabrito asado", "machacado con huevo", "cabrito en su sangre o fritada", "carnita de puerco al estilo Jalisco", "gallina en mole poblano", "menudo" y muchos suculentos platillos más. Todo esto acompañado con exquisita cerveza de la región.

El tío Pedro andaba más alegre que "unas castañuelas". Se prodigaba atendiendo a los invitados con una satisfacción completamente desconocida para mí. Pensaba, para mis adentros, que aquel hombre nos quería en verdad, tal como si fuéramos sus verdaderos hijos. Me reprochaba juzgarlo tan duramente y aunque me pesara recordarlo, volví a vivir aquella escena que me tocó presenciar en las puertas de una miserable choza de las rancherías circunvecinas. Fue tan rápido, que no alcancé a concebir en su grandiosa magnitud, aquellas palabras de una anciana andrajosa, que saliéndonos al paso, se abrazó de una de las piernas del tío, diciéndole: "Don Pedro, Don Pedro, muchas gracias por lo que hizo por nosotros. Dios lo bendiga". El tío, apartando a la vieja sin pronunciar palabra, fustigó el corcel para proseguir la marcha. Silenciosamente lo seguí, zumbándome en mi cerebro las frases que acababa de escuchar y no acertaba a comprender.

Los novios, defendiéndose de los puñados de arroz que arrojaban alegremente las amistades, decían "adioses" interminables entre risas y abrazos. Por fin se fueron a cumplir con su destino.

El bullicio se fue apagando. También una luz se extinguía paulatinamente en el interior de la casa. Olguita seguía grave.

XVIII

Tras la respuesta de Enrique muy temprano embarcamos con todas las comodidades y precauciones a "Cazador". La tía Virgen lo despidió con mimos y besos como si se tratara de un hijo que fuera a la guerra.

Por la tarde nos sorprendió la inesperada visita de don Esteban, el profesor del pueblo, quien previamente había sido mandado llamar por el tío Pedro. Adiviné el motivo de su presencia y me dió un brinco el corazón de sólo pensar que el tío pudiera leer las cartas de Enrique y descubrir el secreto.

No estaba equivocado. El tío había decidido aprender a leer y a escribir. "Es una vergüenza -nos dijo-, que el perro pronto vaya a saber hablar y yo ni siquiera sepa leer".

En los días siguientes recibimos unas bellas postales de Julia. Guadalajara, México, Acapulco. ¡Maravillas de la tierra mexicana!

También hubo noticias de Enrique. "Dile al tío Pedro que "Cazador" ya está en la escuela de perros. El profesor me dijo que era muy inteligente pues ya había aprendido a "deletrear". Es necesario que envíe cincuenta dólares más de lo previsto, porque está necesitando una alimentación especial que lo ayudará en sus tareas".

Enrique no perdía tiempo en "extraer el oro de la mina" y escribía casi a diario.

"Ya pronunció sus primeras palabras. Ya no ladra, ahora habla. Me dijo que saludara a la tía Virgen y al tío Pedro, y les mandara cariñosos recuerdos".

Aparejada venía la demanda de más dinero.

"Hoy salí con "Cazador" para enseñarle la ciudad. Le compré unos chocolates que me dijo le habían gustado mucho". El pobre "ya brincaba" por regresarse al pueblo. Me prometió estudiar con ahinco para graduarse lo antes posible. Siente nostalgia por las caricías de la tía Virgen".

Quien sin duda sentía nostalgia y no precisamente por las caricías de la inocente tía, era el insensato de Enrique. Su amor volcánico había llegado a su clímax, derrochando todo el dinero en satisfacer los caprichos de aquella "vampiresa" que lo tenía preso en sus redes.

Ya le había advertido el peligro que corriamos, pues el tío Pedro con delirante entusiasmo aprendía rápidamente haciendo progresos reales.

A veces me acusaba la conciencia de seguir haciéndole el juego a mi hermano. Me dió coraje y tristeza al enterarme de que "Cazador", no bien había llegado, cuando fue "despedido" con ciega y jubilosa patada que le propinara Enrique. Aquel can había ido a sumarse a los millares de perros vagabundos de Filadelfia. No concebía en mi hermano aquella falta. Siempre había demostrado tener un corazón de oro para con los animales. La verdadera culpable era ella.

XIX

Por la madrugada abordé el tren que iba a la ciudad con el encargo urgente y desesperado de traer al doctor, pues Olguita había entrado en agonía.

Al sentarme en las duras butacas de barrotes y ya casi en marcha el tren, vi pasar por fuera de la ventanilla una cabeza canosa que se movía precipitadamente. Era el tío Pedro en persona que se había decidido acompañarme a última hora.

Tomó asiento a mi lado respirando fatigosamente. Creía notar en su cara señales de abatimiento y debilidad.

En el camino, sus redondos ojos horadaban el firmamento. Iba

pensativo y triste. Yo no me explicaba el cambio que se había operado en aquel vigoroso hombre.

Mi sorpresa creció cuando comenzó a hablar, alarmándome francamente al oírle una voz que no parecía la suya. Las palabras sonaban quebradas y huecas.

Se lamentaba de la cruel enfermedad de Olguita, creyendo que no se salvaría. "Ojalá Dios nos haga un milagro y sane a la criaturita", exclamó emitiendo un gran suspiro.

En varias ocasiones el tío Pedro había demostrado únicamente para mi hermanita enferma, una especial predilección. Mis otras hermanas celosas de tal preferencia, le decían "la consentida" del tío.

Lo cierto era que aquella muralla se derrumbaba, tocándome a mí presenciar el principio de su caída. Continuó haciendo confidencias como si hablara consigo mismo, sin voltear a verme. Decía que se sentía él también enfermo y aunque nunca había "ocupado" a los doctores, ahora aprovecharía el viaje para hacerlo. Distraídamente hablaba casi en secreto con los ojos fijos en el cielo, tal como si estuviera confesándose con el mismo Dios.

Sólo unas cuantas horas permanecimos en la ciudad, regresando en el tren de la tarde, acompañados del médico y otro facultativo especialista amigo suyo.

Después de examinar detenidamente a la enfermita, acordaron trasladarla de inmediato a un hospital, para lo cual se hicieron los arreglos necesarios acompañando a Olguita mi madre y una de mis hermanas. Los profesionistas abrigaban esperanza de salvarle la vida al tenerla en un centro de salud, donde los elementos y auxilios estuvieran a la mano.

A media noche regresamos nuevamente a la casa después de acompañar a la comitiva.

El tío en lugar de irse a dormir, se arrellanó en uno de los sillones del portal mirando las estrellas que brillaban en el cielo. Al notar que yo estaba cerca de él, acarició por primera y única vez en su vida mi cabeza, y exclamó sordamente: "Tú, hijo, eres tan pequeño como Olguita. Los niños tienen derecho a vivir la vida.

No es justo que la muerte se los lleve. Daría mi vida por la salvación de la "coyotita" (*). Yo ya estoy viejo y cansado, he vivido mucho y Dios me ha favorecido siempre. No pido, ni ambiciono más".

"Me gustaría morir en un día fresco y nublado. Esos han sido los días en que más suerte he tenido en los negocios".

De repente calló. Sus ojos se humedecieron dejando escapar dos lágrimas temblorosas.

Incrédulo y avergonzado me alejé en silencio respetando el dolor de un hombre.

XX

Enrique regresaba. El tío Pedro orgullosamente leyó en voz alta la carta dirigida a su nombre.

"Anoche, después de la brillante graduación en la cual sacó el primer lugar "Cazador", me lo llevé al cine para que mirara y oyera una película mexicana. Estaba gustosísimo. Me encargó de comunicarle que lo felicitara a usted por haber aprendido a leer y a escribir. También me suplicó que agregara unos dólares "extras" al valor de los pasajes, pues quería hacerle un obsequio al Profesor, así como comprarles algunos regalos a sus compañeros de Escuela. El pobre lloró de emoción al recibir su diploma, diciéndome que ése sería su mejor presente para la tía Virgen".

Y por allí la sarta de invenciones y boberías salidas de la imaginación de mi hermano.

Aún no me explico tamaña candidez del tío en "tragarse" las mentiras, sin dar asomos de sospecha. A pesar de su notable cambio temía fundadamente de lo que fuera a ocurrir cuando llegara Enrique sin "Cazador".

Por mi parte, también recibí las últimas noticias. Sus letras estaban preñadas de amargura. Su gran amor lo había traicionado abandonándolo por su amigo el cubano.

(*) En el norte de México se dá este nombre al miembro más pequeño de la familia.

pensativo y triste. Yo no me explicaba el cambio que se había operado en aquel vigoroso hombre.

Mi sorpresa creció cuando comenzó a hablar, alarmándome francamente al oírle una voz que no parecía la suya. Las palabras sonaban quebradas y huecas.

Se lamentaba de la cruel enfermedad de Olguita, creyendo que no se salvaría. "Ojalá Dios nos haga un milagro y sane a la criaturita", exclamó emitiendo un gran suspiro.

En varias ocasiones el tío Pedro había demostrado únicamente para mi hermanita enferma, una especial predilección. Mis otras hermanas celosas de tal preferencia, le decían "la consentida" del tío.

Lo cierto era que aquella muralla se derrumbaba, tocándome a mí presenciar el principio de su caída. Continuó haciendo confidencias como si hablara consigo mismo, sin voltear a verme. Decía que se sentía él también enfermo y aunque nunca había "ocupado" a los doctores, ahora aprovecharía el viaje para hacerlo. Distraídamente hablaba casi en secreto con los ojos fijos en el cielo, tal como si estuviera confesándose con el mismo Dios.

Sólo unas cuantas horas permanecimos en la ciudad, regresando en el tren de la tarde, acompañados del médico y otro facultativo especialista amigo suyo.

Después de examinar detenidamente a la enfermita, acordaron trasladarla de inmediato a un hospital, para lo cual se hicieron los arreglos necesarios acompañando a Olguita mi madre y una de mis hermanas. Los profesionistas abrigaban esperanza de salvarle la vida al tenerla en un centro de salud, donde los elementos y auxilios estuvieran a la mano.

A media noche regresamos nuevamente a la casa después de acompañar a la comitiva.

El tío en lugar de irse a dormir, se arrellanó en uno de los sillones del portal mirando las estrellas que brillaban en el cielo. Al notar que yo estaba cerca de él, acarició por primera y única vez en su vida mi cabeza, y exclamó sordamente: "Tú, hijo, eres tan pequeño como Olguita. Los niños tienen derecho a vivir la vida.

No es justo que la muerte se los lleve. Daría mi vida por la salvación de la "coyotita" (*). Yo ya estoy viejo y cansado, he vivido mucho y Dios me ha favorecido siempre. No pido, ni ambiciono más".

"Me gustaría morir en un día fresco y nublado. Esos han sido los días en que más suerte he tenido en los negocios".

De repente calló. Sus ojos se humedecieron dejando escapar dos lágrimas temblorosas.

Incrédulo y avergonzado me alejé en silencio respetando el dolor de un hombre.

XX

Enrique regresaba. El tío Pedro orgullosamente leyó en voz alta la carta dirigida a su nombre.

"Anoche, después de la brillante graduación en la cual sacó el primer lugar "Cazador", me lo llevé al cine para que mirara y oyera una película mexicana. Estaba gustosísimo. Me encargó de comunicarle que lo felicitara a usted por haber aprendido a leer y a escribir. También me suplicó que agregara unos dólares "extras" al valor de los pasajes, pues quería hacerle un obsequio al Profesor, así como comprarles algunos regalos a sus compañeros de Escuela. El pobre lloró de emoción al recibir su diploma, diciéndome que ése sería su mejor presente para la tía Virgen".

Y por allí la sarta de invenciones y boberías salidas de la imaginación de mi hermano.

Aún no me explico tamaña candidez del tío en "tragarse" las mentiras, sin dar asomos de sospecha. A pesar de su notable cambio temía fundadamente de lo que fuera a ocurrir cuando llegara Enrique sin "Cazador".

Por mi parte, también recibí las últimas noticias. Sus letras estaban preñadas de amargura. Su gran amor lo había traicionado abandonándolo por su amigo el cubano.

(*) En el norte de México se dá este nombre al miembro más pequeño de la familia.

“Sufro y me arrepiento por todas las locuras que cometí. Me ha quedado en el alma una huella amarga. Su traición dejó una marca indeleble: la primera herida en mi corazón”.

Este era el corolario cursi de quien había jugado con fuego olvidándose de sus principios honestos, para perderse en el callejón oscuro de la pasión.

En tropel nos lanzamos a la estación a esperar la llegada de Enrique. El tío Pedro daba muestras de gran nerviosidad.

Por fin escuchamos en la lejanía el aullido doloroso de la locomotora. Se acercó rápidamente para aminorar su marcha antes de llegar a los andenes.

El tren había llegado trayéndonos al hermano ausente. ¡Once largos meses habían transcurrido!

¡Enrique!, ¡Enrique!, clamamos jubilosos cuando vimos aparecer su ensortijada cabellera. Venía más alto y grueso. Abrazos, besos y la pregunta obligada:

—¿Dónde está “Cazador”?

“De eso quería hablarle tío”. —¿Dónde está “Cazador”? volvió a tronar imperiosa la voz del tío, tornándose su rostro escarlata.

Por esos instantes volvió a ser el de antes. Mi pensamiento vislumbró intenciones homicidas. Aquello acabaría mal.

Apartándolo de nosotros, Enrique empezó a gesticular desesperadamente. Con sigilo me coloqué a espaldas del tío. Enrique hablaba.

“Salimos de Filadelfia “Cazador” y yo, siendo despedidos por mis compañeros y algunos amigos del perro. En el camino venía bromeando con los pasajeros hablándoles en español y agregando algunas palabras en inglés que yo le decía. Al llegar a la frontera, los guardias aduanales se sorprendieron oyéndolo hablar, pidiéndome que se los vendiera. El propio “Cazador” les contestó una serie de majaderías diciéndoles que no era “mercancía” para venderse y mil tonterías más que produjeron carcajadas entre ellos.

“Cerca de aquí, en la parada de Cerro Grande, me dijo: —Oye Enrique, no seas “agarrado” y cómprame un “lonche de cabrito” porque tengo mucha hambre. Después de engullirse dos lonches, se

“echó” tranquilamente en el asiento sin dejar de hablar y “vacilar” con los pasajeros, diciéndoles tantas “picardías”, que no sé de donde las sacaría”.

“Al arrancar el tren me espetó de repente: —Cómo quisiera estar ya en la casa. Te aseguro que voy a vivir como un Rey. Le voy a sacar al tío Pedro un platal para largarme, pues ni crea que voy a vivir en un “mugroso” rancho. ¿Y por qué le vas a pedir dinero?, le contesté yo. —En primer lugar, porque yo se muchas cosas de él y se las voy a platicar a la tía Virgen. En segundo, porque era muy malo conmigo y me daba patadas. Por eso tengo muchas ganas de vengarme. ¿Y qué le vas a contar a la tía Virgen? —Pues le voy a “chismear” que tenía varias queridas por las rancherías y que en las noches se levantaba para acostarse con Chonita la criada. De inmediato le repliqué, conminándolo a que no fuera a hacer eso. No me hizo caso, se rió y se burló de mí. Entonces me dió tanto coraje con el “desagradecido”, que lo arrojé por la ventanilla del tren estrellándolo contra las rocas”.

—“Perdóneme tío, no sé si hice bien o mal al matarlo”.

Confuso y aturdido contestó el tío Pedro.

—Hiciste muy bien sobrino.

Al regresar a la casa el propio tío inventó a su vez una historia. Le dijo a la tía Virgen que el pobre “Cazador” se había envenenado con una mala comida en el camino, pero que fue auxiliado por un cura viajero en sus últimos momentos, musitando para ella (como le dijo Enrique) sus últimas palabras.

La pobre vieja lloró como una “Magdalena”.

La conciencia “nunca dormida, mudo y pertinaz testigo que no deja sin castigo ningún crimen de la vida”, me remordía.

Profundos suspiros de alivio emitieron nuestros pechos después de pasado “el temporal”.

Mi madre llegó a la ciudad al día siguiente del arribo de mi hermano.

Su siempre melancólica cara irradiaba ahora alegría. Era la más feliz de las madres de la tierra. ¡Dios había hecho el milagro. Olguita se salvaría!

Después de saludar a todos y besar emocionada a Enrique, nos contó que gracias a la oportuna y esmerada intervención de los médicos especialistas del hospital, mi querida hermanita había prácticamente "resucitado".

"Ya no la contábamos, pero Nuestro Señor escuchó mis rezos con su infinita misericordia. ¡Es un milagro, es un milagro!, repetía entre llorosa y enternecida".

Bendito el cielo porque al fin habían cesado aquellas semanas de angustia y nuestro hogar volvía a su normalidad en vísperas de las primeras heladas.

Enrique avergonzado de sus malas acciones se había prometido pagar con creces, delinándose una conducta vertical. Sus hechos a través del tiempo, se encargaron de confirmar la enmienda.

Pero... el roble se desgajaba.

El tío Pedro había dejado de ser el hombre rudo. Demacrado y triste se desplazaba como un sonámbulo.

Esa misma tarde estuvo encerrado en su oficina hablando largamente con Enrique. Mi hermano salió cabizbajo y pensativo.

Por la noche toda la familia cenamos juntos. Fue una velada en la que campeó la concordia y el cariño. Se hicieron votos por la unidad y armonía entre los hermanos a instancias de una voz otra autoritaria y que en esta ocasión sonaba condescendiente y sabia:

—“Ahora que ha regresado Enrique, he decidido dejar en sus manos la responsabilidad de mis negocios que desde este momento serán también de ustedes. El se encargará de corregir los muchos errores que cometí, algunos de buena y otros, con pena lo confieso, de mala fe. Al retirarme, sólo les recomiendo que sigan siendo los ejemplares hermanos que siempre he conoci-

do, no olvidando ser cada día mejores hijos. Procuren trabajar mucho y sobre todo, sean fundamentalmente buenos”.

Dirigiéndose hacia mi hermano, terminó diciendo:

—“Mi buen Enrique, educa y ayuda a tus hermanos. Creo y confío en tí”.

Nos levantamos de la mesa atónitos, mirándonos sin creer, unos a otros. Jamás hubiéramos sospechado que el tío fuera capaz de hablar en esa forma. Su trato para con nosotros siempre había sido áspero y brusco. Para mí, no fue más que una confirmación de lo sucedido aquel día y sobre todo, aquella noche reveladora en el portal. Un temblor de presentimientos sacudió mi cuerpo.

La tía y mi madre permanecían mudas de sorpresa. Tenían ante sí a un hombre nuevo.

Nos retiramos a dormir calladamente. Hacer ruido o hablar fuerte, rompería el encanto de una noche plena de bellos y puros sentimientos.

Afuera y adentro de la casa, reinaba una paz celestial.

Amaneció muerto aquella mañana otoñal. La muerte lo sorprendió en la madurez de su existencia. En la antesala del invierno.

Un viento helado, pero agradable, movía con sorprendente facilidad las gruesas nubes que cubrían el cielo.

La vida se le fue apagando como esas llamitas de las cerillas que poco a poco se van consumiendo.

Inútiles fueron los esfuerzos desesperados de salvarle la existencia, después de aquel primer repentino ataque al corazón ocurrido al filo de la media noche.

Cuando alguien propuso salir violentamente a la ciudad por el médico, tarea por demás infructuosa, el enfermo protestó oponiéndose.

“Por favor no se asusten. Esto ya lo esperaba y deseaba. La muerte no es lo terrible que piensan ahorita ustedes. Lo único que lamento de veras es no haber sabido aprovechar ni compren-

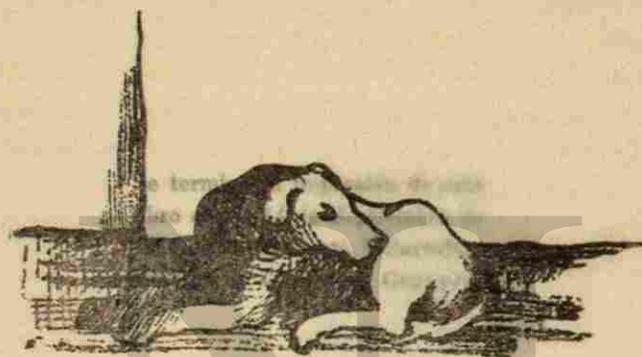
der la vida en toda su magnitud".

"Ahora, ya tarde para mí, pero no para ustedes, lo veo todo muy sencillo. Tantas vilezas y podredumbres, tantos medios malditos para conquistar el oro, la gloria y los placeres, objeto y fin de los humanos, vienen a ser en esta hora de la verdad suprema, punto menos que nada".

"No equivoquen el verdadero camino de la vida. Pureza, bondad, conformidad, son los hermosos atributos de quien vive cerca de Dios"

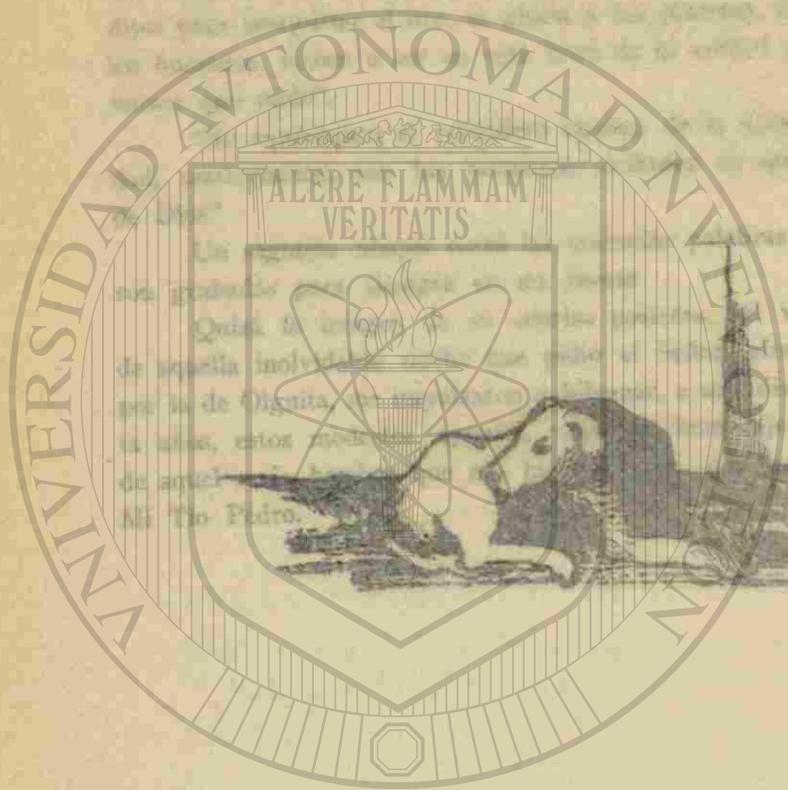
Un segundo ataque cortó las pausadas palabras que se quedaron grabadas para siempre en mi mente.

Quizá la imagen de su sonrisa postrera, tal vez el recuerdo de aquella inolvidable noche que pidió al Señor ofrendarle su vida por la de Olguita, me impulsaron a hilvanar, a una distancia de treinta años, estos modestos apuntes, como un homenaje a la memoria de aquel recio hombre que nos hiciera gozar, reír y también llorar: Mi Tío Pedro.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

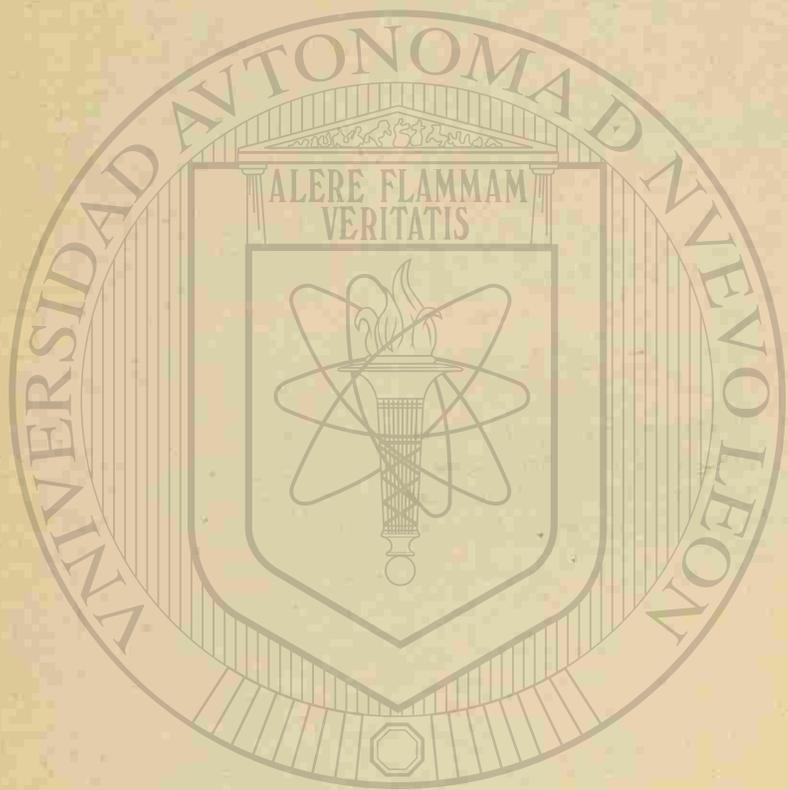
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Se terminó la impresión de este
libro el día 14 de Septiembre de
1961 en la Imprenta Villarrubia.
Viñetas de Guillermo Ceniceros

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





U A N

DAD AUTÓNOMA DE NUEVO

CIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

